

**Homilía de D. Ricardo Blázquez, Arzobispo de Valladolid, en la Eucaristía por Jesús Serrat el 17 de Julio de 2012 en la Iglesia de San Esteban, PP. Dominicos, Salamanca.**

... al obispo D. Julián. Queridos hermanos, presbíteros, catequistas. Saludo cordialmente a la familia de nuestro catequista, Jesús Serrat. Muchas gracias.

Ha sido para nuestras diócesis un don del Señor. Probablemente en algún sentido experimentasteis su pérdida, pero hoy lo recobramos todos gozosos en este templo. Agradecemos tantos servicios como Jesús nos ha prestados y también le agradecemos y os agradecemos esta tarde el que su deseo de ser enterrado en Salamanca se haya podido realizar. Lo cuidaremos bien, es amigo y hermano de todos nosotros.

Cuando desde aquí se contempla esta magnífica asamblea yo estaba pensando que ha sido una coincidencia el que esta tarde estemos celebrando la muerte y la resurrección del Señor alimentando nuestro gozo y nuestra esperanza... y justamente en otro lugar, en Ávila, de los Padres Dominicos también, en Santo Tomás de Ávila, allí precisamente fue formado el equipo constituido por Jesús Serrat, vuestro hermano, vuestro tío, como responsable, por Enrique y por Maribel, para venir aquí a Salamanca. Dos parroquias, presididas entonces por Andrés Fuentes y por Valeriano, la parroquia de San Martín y la parroquia de Cristo Rey habían pedido que se abriera el Camino a través de esas catequesis. Es una coincidencia que yo vivo esta tarde también gozosamente.

Desde unos inicios temblorosos, palpando la fragilidad de todos nosotros y una asamblea como la que esta tarde estamos aquí reunidos, que es realmente para bendecir al Señor. De una celebración como la de esta tarde se unen muchos sentimientos, en un sentido hemos perdido la mayor parte de los que estamos aquí a nuestro catequista, yo también fui "catequista" (catecúmeno) de él. Al mismo tiempo para todos nosotros es motivo de inmensa satisfacción encontrarnos gozosamente esta tarde para bendecir al Señor.

No es un duelo, ya se ve, es una celebración gloriosa en que palpamos la victoria del Señor sobre la muerte. Bendecimos al Señor porque el creer en el evangelio, el iniciar un camino bajo su Espíritu de conversión, el formar parte de la Iglesia de Dios es una gracia inmensa, es un motivo de satisfacción enorme.

Hoy lo que tuvimos a Jesús Serrat como catequista pedimos también por él, recordando también su vida. Ser apóstol, algo nos decía el Evangelio, ser apóstol lleva consigo muchos trabajos por el Evangelio, muchos gozos por el Evangelio y también bastantes sufrimientos por el Evangelio.

Los catequistas, todos nosotros, somos testigos de lo que significa ponernos en camino para llevar el Evangelio, unas veces encontrándonos con las puertas cerradas, otras veces con frustraciones después de haber alentado una cierta esperanza, y siempre bendiciendo al Señor porque Él va suscitando un pueblo, una comunidad, va suscitando una Iglesia en medio de pobres personas como todos somos.

Yo esta tarde quiero agradecer también en nombre de todos nosotros, estoy seguro de que me hago eco de ello, quiero agradecer a Dios los trabajos de Jesús Serrat entre nosotros. Cuando se está un poco de cerca, se veía las dificultades, las incertidumbres que diariamente comporta el Evangelio. Vivió para el Evangelio, anunció el Evangelio.

Cómo no esta tarde recordar aquellas palabras de S. Pablo dirigidas a la Iglesia de Corinto: Os recuerdo hermanos el Evangelio que os prediqué, que recibisteis, que os va salvando si lo mantenéis, y el Evangelio es que Nuestro Señor Jesucristo murió por nosotros según las escrituras y resucitó como estaba escrito por nuestra salvación. Este Evangelio mil veces lo escuchamos a Jesús Serrat, él fue un apóstol que anunció siempre la resurrección del Señor, el kerigma la proclamación del Evangelio. Está siempre centrado en la muerte de Jesús por nuestros pecados y en su resurrección por darnos la Vida Eterna. Éste siempre es el centro del kerigma que innumerables veces predicó nuestro querido Jesús Serrat. El centro de la predicación evangélica es el misterio pascual, el centro de la vida de la Iglesia es el misterio pascual celebrado en el Bautismo, en que somos injertados en Jesucristo muerto y resucitado para vivir una forma nueva, según el Evangelio.

La Eucaristía, esta mesa que está delante de nosotros, que es una especie como de anticipo de ese banquete del cielo, del que nos hablaban las lecturas. Esta mesa, que está también en torno a ella estamos sentados, está también para hacer presente sacramentalmente la muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Los sacramentos son pascuales y la vida de un apóstol es particularmente pascual. El que entrega mi vida por mí y por el Evangelio la encontrará. Eso es justamente la celebración del misterio pascual en la vida de un apóstol. Se hizo presente ese morir por el Evangelio, entregar la vida por Nuestro Señor Jesucristo, se hizo presente en nuestro querido catequista Jesús Serrat. Todos los días, la vida del apóstol es una existencia entregada diariamente a la muerte, para que otros reciban la vida , amenazado de mil formas y por todas partes, y siempre la providencia singular del Señor nos va a rescatar.

El misterio pascual se hace presente de forma particular en la vida de los apóstolos y se hace presente queridos hermanos en la vida de todos y cada uno de nosotros. Hemos sido bautizados, participamos en la mesa del Señor, que es el anticipo de la mesa del Cielo, para que nuestra vida sea un constate entregarla por el Señor y por los hermanos para recobrarla a veces casi milagrosamente de Dios.

Abandonados al parecer y siempre protegidos por la providencia de Dios. Vivir la vida cristiana es una vida sin duda pascual, y la muerte, cuando realmente nos va llegando la muerte, a Jesús Serrat le ha llegado hace pocos días, había enviado ya signos anticipatorios desde hacía mucho tiempo, por eso vivía de cara a la muerte, no contemplando sólo la oscuridad de la muerte, sino contemplándola siempre a la luz de la resurrección, pero cuando nos llega, y nos va llegando, el momento de la muerte, es justamente entonces la realización del misterio pascual existencialmente en nosotros, muriendo con el Señor, siendo nuestro cuerpo enterrado, depositado en la tierra, con la esperanza de la Resurrección, cedido como un préstamo porque esperamos la Resurrección, no dejado definitivamente en el poder de la muerte, se entrega la vida, el último aliento, y se entrega con la esperanza de la Resurrección.

Si morimos con Cristo viviremos con Él y eso desde el Bautismo, en la Eucaristía, en nuestra vida diaria, y evidentemente también cuando morimos corporalmente, cuando ponemos

nuestra vida en manos de Dios, que justamente es en las manos en que más seguros estamos cuando no hay recursos humanos, cuando la vida se nos está escapando a pesar de que con mucho amor y también con mucha habilidad y con mucha sabiduría y con mucha ciencia se la quiera obtener, siempre está en las manos de Dios, cruzado ese umbral de la muerte, que nos está cogiendo, que nos va a coger, que ha cogido, así confiamos a nuestro hermano.

La última celebración del misterio pascual es precisamente la muerte, la que nuestro querido Jesús Serrat ya ha padecido. Ha muerto para resucitar con el Señor. Nosotros no somos pasto de la muerte, morimos con esperanza. Los cristianos desde el principio se distinguieron como las personas que tienen esperanza. Qué importante es, queridos hermanos, que en medio de nuestra cultura y de nuestra sociedad también nosotros podamos ser una luz en medio de las tinieblas del mundo, un motivo de esperanza cuando a veces el desaliento y la desesperanza se abaten sobre nosotros. Hay cielo, hay Vida Eterna, hay banquete del Reino de los Cielos, la casa del Padre está abierta, Él nos espera.

La celebración cristiana de la muerte es una celebración que evidentemente no puede olvidar que también hay un sufrimiento y un desgarró, pero sobre todo se hace presente en medio de nuestra vida la esperanza, el gozo y la fiesta. Entra en el gozo de tu Señor, pasa al banquete de tu Señor, recibe la corona de la vida.

Jesús puede decir, como S. Pablo, he recorrido el camino, he mantenido la fe, ahora me aguarda la corona de la vida que el Señor, por quien vivió, por quien se desvivió, que fue su amigo y su Señor, le va a dar para decirle: Amigo Jesús, entra en el gozo de tu Señor.

Que al Virgen Santísima le muestre al fruto bendito de su vientre. En esa preciosa oración de la Salve al final decimos: "muéstranos a Jesús, el fruto bendito de tu vientre, cuando termine nuestra peregrinación". Jesús ya la ha terminado, confiamos, estamos seguros, que nuestra madre, la madre del Señor, también le habrá mostrado a Jesús, el fruto bendito de su vientre.

Queridos hermanos, yo me alegro mucho de la celebración de esta tarde. Es verdad, no podemos olvidar que hemos perdido a un amigo, a un catequista, a un evangelizador y apóstol, habéis perdido a un hermano, a un tío, y en medio de todo esto es, sin duda, incomparablemente mayor el gozo que nos da la esperanza, sin duda. La fe se derrama en el corazón en forma de paz, de seguridad, de alegría, de esperanza. Así celebramos también nosotros esta tarde esta Eucaristía, que es el sacramento pascual por excelencia.

Queridos hermanos, pidamos por nuestro hermano y también privadamente pidamos que cuide de nosotros, que interceda por nosotros.